

NATHANIEL HAWTHORNE



EL LIBRO DE
LAS MARAVILLAS
CUENTOS
DE TANGLEWOOD

MITOS GRIEGOS
PARA NIÑOS Y NIÑAS

ILUSTRACIONES
DE WALTER CRANE
Y VIRGINIA FRANCES STERRETT

«La realidad de Hawthorne fue, siempre, el tenue mundo crepuscular, o lunar, de las imaginaciones fantásticas». Jorge Luis Borges

De la mano del joven estudiante Eustace Bright, un grupo de niños se inicia en la mitología griega en una serie de veladas y excursiones que se suceden a lo largo de las distintas estaciones del año. Conocidas historias como las de Perseo y Medusa, el rey Midas, la caja de Pandora, Hércules en el jardín de las Hespérides, Teseo y el Minotauro, o Ulises y Circe, les descubren un mundo perdido y mágico, pero vivo en los secretos y prodigios de la naturaleza.

El libro de las maravillas (1852) y *Cuentos de Tanglewood* (1853) fueron dos de los mayores éxitos de Nathaniel Hawthorne y todavía hoy se cuentan entre las mejores recreaciones del universo colosal y a veces «inextricablemente doloroso» de los antiguos mitos griegos. Siempre con la idea de que «el corazón de un ser humano común y corriente» es «sin duda diez veces más misterioso que el laberinto de Creta», es este un clásico indiscutible para todas las edades.

Esta edición se acompaña de las preciosas ilustraciones en color de Walter Crane (1892) y Virginia Frances Sterrett (1921).

Nota al texto

El libro de las maravillas se publicó por primera vez en 1852, en Boston, en la editorial de Ticknor, Reed & Fields, como su narrador Eustace Bright anuncia al final del libro, y con seis ilustraciones de Hammat Billings, como pedía. Su continuación, *Cuentos de Tanglewood*, debida al éxito del volumen anterior, aparecería en la misma editorial al año siguiente, en 1853.

Las ilustraciones de nuestro volumen son de Walter Crane (para la edición de *El libro de las maravillas* de Houghton Mifflin de 1893) y de Virginia Frances Sterrett (para la edición de *Cuentos de Tanglewood* de The Pennsylvania Publishing Company de 1921).

El libro de las maravillas

Prólogo

El autor viene siendo desde hace tiempo de la opinión de que muchos mitos clásicos se prestan a ser convertidos en lecturas de gran provecho para los niños. En el pequeño volumen que aquí se ofrece al público, ha trabajado media docena de ellos con este propósito a la vista. Era un proyecto que requería una gran libertad de tratamiento; pero ya sabrán quienes intenten moldear estas leyendas en su horno intelectual que son maravillosamente independientes de todas las modas y circunstancias temporales. Siguen siendo esencialmente las mismas después de sufrir cambios que afectarían a la identidad de casi todas las demás cosas.

No se declara, pues, el autor culpable de sacrilegio por haber dado nueva forma de vez en cuando, al dictado de su fantasía, a los motivos consagrados por una antigüedad de dos o tres mil años. Ninguna época puede reclamar derechos de autor por esas fábulas inmortales. No parecen haber sido creadas nunca; y ciertamente, mientras el hombre exista, nunca pueden perecer; pero, por su misma indestructibilidad, son temas que cada época puede legítimamente vestir con su propio ropaje de actitudes y sentimientos, e imbuirlas de su propia moralidad. En la presente versión han perdido gran parte de su aspecto clásico (o, en cualquier caso, al autor no le ha preocupado preservarlo) y pueden, quizá, haber cobrado una forma gótica o romántica.

Al llevar a cabo esta grata tarea, porque ha sido en verdad una tarea idónea para un tiempo de estío, y una de las más agradables, en materia literaria, que haya podido emprender, el autor no siempre ha creído necesario rebajar su estilo a fin de satisfacer la comprensión de los niños. En general, ha dejado que el tema se eleve, si esa era su inclinación, y si él personalmente tenía ánimos suficientes para seguirlo sin esfuerzo. Los niños tienen una sensibilidad incalculable para todo lo que es elevado y profundo, en imaginación y sentimiento, siempre y cuando sea también sencillo. Solo lo artificial y complejo los desconcierta.

Lenox, 15 de julio de 1851



La cabeza de la Gorgona

El porche de Tanglewood

Introducción a «La cabeza de la gorgona»

Bajo el porche de la finca llamada Tanglewood, en una hermosa mañana otoñal, había un alegre grupo de chiquillos haciendo corro en torno a un joven alto. Habían planeado una excursión para ir a coger nueces y esperaban con impaciencia que se desvaneciesen las nieblas en las laderas de las montañas y el sol derramase el calor del veranillo de san Martín sobre campos y praderas y en los escondrijos de los bosques. El día prometía ser de los más agradables que han alegrado este mundo risueño y hermoso; pero la niebla de la mañana aún cubría todo el valle, sobre el cual, en una suave pendiente, se levantaba la finca.

La masa de vapor blanco se extendía hasta unos cien metros de la casa. Escondía por completo todo lo que hubiera más lejos, excepto unas cuantas copas de árboles, rojizas o amarillas, que surgían aquí y allí y estaban glorificadas por el sol madrugador, que también hacía brillar la ancha superficie de la niebla. Siete u ocho kilómetros hacia el sur se alzaba la cima de Monument Mountain. Veinticuatro kilómetros más lejos, en la misma dirección, se levantaba la cumbre más alta de los montes Taconic, tan azul y etérea que apenas parecía más sólida que el vaporoso mar de niebla que se extendía sobre ella. Las montañas más próximas, que bordeaban el valle, estaban medio sumergidas y salpicadas de pequeñas guirnaldas de nubes hasta en las mis-

mas cimas. En resumen, había tanta nube y tan poca tierra sólida que todo ello hacía el efecto de una visión.

Los niños que he mencionado, llenos de vida, se escapaban del porche y correteaban por la senda enarenada o por la hierba húmeda de la pradera. No puedo decir con seguridad cuántos eran: había más de nueve y menos de una docena, de todas clases, tamaños y edades, muchachos y chiquillas. Eran hermanos, hermanas y primos junto con unos cuantos amiguitos que habían sido invitados por el señor y la señora Pringle a pasar unos cuantos días de la deliciosa estación en Tanglewood. No me gusta decirlos sus nombres ni llamarles con nombres que algún niño haya llevado antes que ellos, porque sé de cierto que muchos autores se ponen en grandísimos compromisos por haber dado a los personajes de sus libros nombres de personas reales y verdaderas. Por esta razón quiero llamarles Siempreviva, Pimpinela, Arándano, Zanahoria, Ojos Azules, Trébol, Pensamiento, Mimosa, Flor de Limón, Junquillo, Vainilla y Campanilla, aunque, a decir verdad, estos nombres serían mucho más propios de un grupo de hadas que de una reunión de niños de este mundo.

No hay que suponer que a estos niños les permitían sus cuidadosos padres y madres, tíos, tías o abuelos, andar vagando por bosques y campos sin la vigilancia de alguna persona mayor y muy seria. ¡De ningún modo! En el primer párrafo de mi libro recordaréis que he hablado de un joven alto, en torno al cual los niños hacían corro. Su nombre (y os diré el verdadero, porque considera grandísimo honor haber contado los cuentos que van aquí impresos), su nombre era Eustace Bright. Era estudiante en el Williams College y había alcanzado en aquella época la respetable edad de dieciocho años. Por aquel entonces le parecía casi ser el abuelo de Pimpinela, Zanahoria, Pensamiento, Flor de Limón, Junquillo y los demás, que eran la mitad o la tercera parte de venerables que él. Una molestia en la vista (como creen necesario tenerla muchos estudiantes de hoy día, pa-

ra demostrar su aplicación) le había hecho abandonar las clases dos semanas antes de terminar el curso. Pero, por mi parte, pocas veces he visto un par de ojos con pinta de ver mejor o más lejos que los de Eustace Bright.

El aplicado estudiante era delgado y un poco pálido, como lo son todos los estudiantes yanquis, pero de aspecto muy saludable, y tan ligero y activo como si tuviese alas en los zapatos. Como le gustaba mucho cruzar arroyos y pisar la hierba de las praderas, se había calzado para la expedición fuertes botas de becerro. Llevaba una blusa de lienzo, una gorra de paño y un par de gafas verdes que probablemente se había puesto no tanto para protegerse los ojos como por la dignidad que le daban. Sin embargo, podía habérselas dejado en casa, porque Pensamiento, diablejo travieso, se subió a los hombros de Eustace cuando se sentó en uno de los escalones del porche, le arrancó las gafas de la nariz y se las puso en la suya, y como al estudiante se le olvidó volver a cogerlas, cayeron en la hierba y allí se quedaron hasta la primavera siguiente.

Ahora bien: debéis saber que Eustace Bright había alcanzado entre los niños gran fama como narrador de cuentos maravillosos y, aunque algunas veces fingía que le molestaba que le pidiesen contar más y más, y siempre más, yo tengo mis dudas y pienso que no había cosa en el mundo que más le agradase. Había que ver cómo le brillaban los ojos aquella mañana cuando Trébol, Arándano, Mimosa, Campanilla y la mayor parte de sus compañeros le pidieron que les contase uno de sus cuentos, mientras esperaban que la niebla se desvaneciese por completo.

—Sí, primo Eustace —dijo Siempreviva, que era una alegre chiquilla de unos doce años con los ojos risueños y la naricilla un poco respingona—: la mañana es la mejor hora para oír los cuentos con que tan a menudo pruebas nuestra paciencia. Correremos menos peligro de herir tu susceptibilidad durmiéndonos en el momento más interesante... como nos pasó anoche a Mimosa y a mí.

—¡Qué mala eres! —exclamó Mimosa, niña de seis años—. No me dormí: es que cerré los ojos para ver por dentro lo que Eustace nos estaba contando. Sus cuentos son buenos para oírlos de noche porque se puede soñar con ellos dormida; pero también son buenos por la mañana, porque se puede soñar con ellos despierta. Así que espero que nos cuenten uno ahora mismo.

—¡Gracias, Mimosa! —dijo Eustace—. Tendrás el mejor de los cuentos que yo sea capaz de inventar, aunque solo sea por haberme defendido tan bien de esta perversa Siempreviva. Pero, niños, os he contado ya tantos cuentos de hadas que me parece que no queda ninguno que no me hayáis oído por lo menos dos veces. Y temo que, si repito alguno de ellos, os vais a quedar dormidos de veras.

—¡No, no, no! —exclamaron Ojos Azules, Pimpinela, Vainilla y otra media docena de niños—. Los cuentos que más nos gustan son los que hemos oído dos o tres veces.

Y la verdad es que los cuentos parecen aumentar de interés para los niños, no con una o dos, sino con innumerables repeticiones. Pero Eustace Bright, en la exuberancia de sus recursos, desdeñaba aprovecharse de una ventaja que hubiese agradecido un narrador más viejo.

—Sería lástima —dijo— que un hombre de mis conocimientos (pasando por alto mi original fantasía) no pudiese encontrar cada día del año un cuento nuevo para unos niños como vosotros. Os contaré uno de los que se inventaron para distracción de nuestra vieja abuela la Tierra, cuando era una chiquilla con refajito y delantal. Hay lo menos cien, y me maravilla que no se hayan puesto hace ya mucho tiempo en libros ilustrados para niñas y niños. En cambio, muchos sabios viejos, con largas barbas grises, se queman las pestañas leyéndolos en librotos llenos de polvo, escritos en griego, y se rompen los cascos queriendo adivinar cuándo y cómo y para qué se inventaron.

—Bueno, bueno, bueno, bueno, primo Eustace —exclamaron a una todos los chiquillos—: no hables más de tus

cuentos y empieza a contar.

—Sentaos todos —dijo Eustace— y callad, porque a la primera interrupción, sea de la malvada Siempreviva, del buen Zanahoria o de cualquier otro, daré un mordisco al cuento y me tragaré el pedazo que falte por contar. Pero, en primer lugar, ¿alguno de vosotros sabe lo que es una gorgona?

—Yo sí —dijo Siempreviva.

—Pues ¡cállatelo! —replicó Eustace, que habría preferido que la chiquilla no hubiese sabido nada sobre el asunto—. Callad todos y os contaré un cuento preciosísimo sobre la cabeza de una gorgona.

Y así lo hizo, como podéis empezar a leer en las páginas siguientes.

La cabeza de la gorgona

Perseo era hijo de Dánae, que a su vez era hija de un rey. Cuando Perseo era muy pequeño, unos malvados lo metieron con su madre en un arca y los tiraron al mar. Sopló el viento fuertemente y alejó el arca de la costa. Las olas la sacudieron como si fuera una cáscara de nuez. Dánae abrazó a su hijito temiendo por momentos que una ola mayor que las demás los sepultara para siempre en el fondo del océano. Pero el arca siguió navegando, y no se hundió ni zozobró, hasta que, al llegar la noche, navegaba tan cerca de una isla que se enredó entre las redes de un pescador y la sacaron con ellas a la costa. La isla se llamaba Serifo y en ella reinaba el rey Polidectes, que era hermano del pescador que había recogido por casualidad en sus redes a los pobres náufragos.

Este pescador, felizmente, era hombre justo y compasivo. Trató con gran bondad a Dánae y su hijo, y siguió protegiéndolos hasta que Perseo llegó a ser un hermoso mancebo, fuerte y activo, y habilísimo en el manejo de las armas. Pero, mucho antes de que esto sucediera, el rey Polidectes había visto a los dos extranjeros, madre e hijo, que habían llegado en un arca frágil a sus playas. No era Polidectes bueno y amable como su hermano el pescador, sino en extremo malvado, y decidió enviar a Perseo a una empresa peligrosa, en la cual probablemente perdería la vida, y así, quedándose la madre sin defensa, podría él causarle algún daño grande. Con este fin, aquel rey de mal corazón

pasó tiempo y tiempo pensando cuál sería la hazaña de más peligro que un joven pudiera emprender. Cuando, por fin, halló una empresa que prometía tener el fatal resultado que deseaba, mandó llamar a Perseo.

El muchacho fue a palacio y encontró al rey sentado en su trono.

—Perseo —dijo el rey Polidectes, sonriendo hipócritamente—, eres un buen mozo. Tú y tu excelente madre habéis recibido muchos favores, tanto míos como de mi hermano el pescador, y supongo que sentirás no poder devolver algunos de ellos.

—Con permiso de vuestra majestad —respondió Perseo—, con gusto arriesgaría mi vida por lograrlo.

—Muy bien; entonces —prosiguió el rey, siempre con la sonrisa en los labios—, tengo una aventura de poca monta que proponerte; y, como eres un joven valiente y emprendedor, estoy seguro de que te alegrarás de tener tan buena ocasión de distinguirte. Debes saber, mi buen Perseo, que estoy en tratos para casarme con la bella princesa Hipodamia y, es costumbre, en ocasiones como esta, regalar a la novia algo elegante y extraño, que haya tenido que irse a buscar muy lejos. Debo confesar que estaba bastante perplejo, sin saber dónde encontrar algo capaz de agradar a princesa de gusto tan exquisito. Pero esta mañana me parece que he encontrado precisamente lo que necesitaba.

—¿Y yo puedo ayudar a vuestra majestad a conseguirlo? —exclamó Perseo con vehemencia.

—Puedes, si eres tan valiente como yo me figuro —repuso el rey Polidectes con la mayor astucia—. El regalo de boda que quiero ofrecer a la hermosa Hipodamia es la cabeza de la gorgona Medusa, con sus cabellos de serpiente; y de ti depende el traerla, querido Perseo. Y, como estoy deseando terminar los tratos para mi casamiento con la princesa, cuanto antes vayas en busca de la gorgona más me complacerás.

—Saldré mañana por la mañana —respondió Perseo.

—Te ruego que lo hagas así, valiente joven —aseguró el rey—. Y, al cortar la cabeza de la gorgona, Perseo, ten cuidado de dar el golpe limpio para no estropearla. La traerás aquí lo mejor conservada que sea posible, porque la princesa Hipodamia es muy delicada de gusto.

Perseo salió del palacio y, apenas había pasado la puerta, el rey Polidectes se echó a reír; le divertía mucho, tan malvado era, que el pobre muchacho hubiese caído en la trampa. Pronto corrió la noticia de que Perseo había decidido cortar la cabeza de Medusa con su cabellera de serpientes. Todo el mundo se alegró al saberlo, pues casi todos los habitantes de la isla eran tan malvados como el mismo rey, y se habrían alegrado muchísimo de que les sucediese algún mal muy grande a Dánae y a su hijo. Al parecer, el único hombre bueno de aquella desdichada isla de Serifo era el pescador. Cuando Perseo iba por la calle, las gentes le señalaban con el dedo y le hacían muecas de desprecio y le ridiculizaban, levantando la voz cuanto se atrevían.

—¡Ay, ay! —exclamaban—. Las serpientes de Medusa lo van a morder descaradamente.

Ahora bien; en aquel tiempo vivían tres gorgonas, y eran los monstruos más extraños y terribles que habían existido desde que el mundo es mundo, y después no se ha visto ni se volverá a ver cosa más terrible. La verdad es que no sé con qué nombre de monstruo nombrarlas. Eran tres hermanas, y parece que tenían cierta semejanza remota con las mujeres; pero en realidad eran una temerosa y dañina especie de dragones. Es realmente difícil imaginar qué espantosos seres eran las tres hermanas. Porque en vez de cabellos, tenía cada una en la cabeza cien serpientes enormes, vivas todas, que se retorcían, se enredaban, se enroscaban, sacando sus lenguas venenosas y ahorquilladas en la punta. Los dientes de las gorgonas eran terriblemente largos. Las manos las tenían de bronce. Y el cuerpo, cubierto de escamas, que, si no eran de hierro, eran por lo menos tan duras e impenetrables como él. También tenían alas, y